



bra; para este fin, se esperaba pacientemente a que la estrella tomara pasaje en el avión; para ello contaba la banda con muy buena información dentro de la propia compañía aérea. Después, el piloto nuestro, iría acompañado por dos gorilas, que se encargarían de secuestrar a la estrella, una vez que el avión hubiera aterrizado en un sitio solitario y de antemano elegido. Afortunadamente este atraco aéreo no se llevó a cabo, pues hubiera causado una sensación muy grande en el país.

Por otra parte la estrella hubiera tenido un reclamo inmenso.

Era realmente patético observar como los aduaneros trataban por todos los medios de evitar los contrabandos y de atraparnos.

Acostumbrábamos aterrizar e inmediatamente metíamos el avión al hangar y transportábamos los licores a los camiones que ya estaban preparados.

Cuando nos avisaban que cerca de los aéreo-puertos había mucha vigilancia, aterrizábamos en el desierto y en esos casos también teníamos los camiones listos, pues contábamos con una estación de radio especial para las operaciones de la Banda.

Un día, en que tuvimos que dejar nuestra mercancía en el desierto, al llegar a mi hangar, me encontré repentinamente rodeado por seis policías que ya me habían estado observando el día anterior; tan pronto como las ruedas de mi tren de aterrizaje tocaron tierra, se acercaron a mi avión con las pistolas listas y me ordenaron: "¡Salga de allí inmediatamente!" — descendí de mi cabina y entonces el jefe les ordenó: "¡Cójalo!" Registraron minuciosamente mi avión y solo encontraron una botella de vino de Burdeos, que dejé olvidada. Ellos sabían que no podían aprehenderme por haber encontrado esa botella en mi avión, por lo que de muy

mala gana me dieron las buenas noches y se marcharon.

Al día siguiente, cuando despegué, note que otro aeroplano se levantaba del campo de aterrizaje de la Guardia Nacional, que dista sólo media milla del nuestro. Viré, y vi que el otro avión hizo lo mismo. Puse mi aparato en una posición conveniente para observarlo y ¡con mil diablos! era un avión Lockneed, también y tan rápido como el mío.

Tomé mi equipo de radio y telefoné a mi cuartel general. Para comunicarnos usábamos una clave con el objeto de que aunque nos escucharan, no pudieran entendernos.

"Tiempo caluroso" — transmití al operador de la Banda. Después, para divertirme un poco, enfilé hacia la frontera. Cuando llegué a la línea internacional, viré hacia el este, describí un gran círculo, y finalmente aterricé en Palm Spring.

Vi al otro avión todavía en el aire, y rápidamente me dirigí en un taxi al elegante Hotel del Mirador. El otro avión descendió y aterrizó también.

Estuve en el Mirador casi una semana, nadando, bailando y en fin, divirtiéndome grandemente. Me encontré con un agente de un periódico importante, a quien le dije que yo era un acomodado personaje del este; me presentó con un buen número de personas de ambos sexos y me divertí mucho. Todos los días iba yo al hangar a ver si el otro avión estaba todavía allí, pero nunca pude ver al piloto.

Cuando me resolví a partir, algo me hizo inspeccionar mi avión cuidadosamente, y me alegró mucho de haber tenido esa idea porque encontré un número de tuercas de mi hélice, perfectamente flojas, que en un vuelo de quince minutos se hubieran caído. Las apreté muy bien, despegué, y el otro Lockneed hizo lo mismo. Puedo asegurar que el piloto se asombró cuando vió que

no me vine abajo después de volar una hora rumbo a mi puerto aéreo.

El Gobierno se estaba poniendo cada vez más difícil; redobló la vigilancia aérea de un modo que casi ya no nos dejaba "trabajar".

Fué por ese tiempo, en que dos aviones de la marina casi me atrapan. Una semana después del episodio de Palm Springs, volaba yo pasando la línea divisoria, entre la niebla, muy alto, con un cargamento de drogas, cuando dos aviones se me aparecieron entre las nubes y comenzaron a disparar sus ametralladoras sobre mi avión.

Pude, por razón de superioridad de mi Lockneed, burlarlos por medio de maniobras varias veces, y pensé que a mí también me sería de gran utilidad una ametralladora. Finalmente me tocaron con una bala en el tanque de la gasolina y me ví forzado a aterrizar, pues de otra manera me hubiera incendiado.

Me siguieron en mi descenso describiendo círculos, triunfantes. El terreno, junto a la línea divisoria es parejo y pude aterrizar con facilidad y tomé tierra en National City, un suburbio de San Diego. Los dos aviones aterrizaron a mi lado y los pilotos saltaron de sus cabinas. Uno de ellos me apuntó con una pistola automática y el otro comenzó a registrar cuidadosamente mi avión. Yo me sentía un poco embarazado. Como la carretera estaba muy cercana del sitio donde aterrizamos, varios automovilistas saltaron la cerca para enterarse de lo que nos acontecía.

Pero ellos no encontraron nada absolutamente, mi avión estaba perfectamente limpio.

"Bueno, vamos a consignarlo por volar fuera de territorio americano sin tener permiso para ello", — me dijo uno de los pilotos que portaba insignias de alta graduación.

"Eso iba a hacer, a aterrizar y a obtener el permiso, pero ustedes me han atacado antes de que pudiera llegar a San Diego" — le dije

